

LA SEGUNDA CARTA DE CORTÉS

José FERRER CANALES

VILLA SEGURA DE LA FRONTERA, Nueva España del Mar Océano. Es el 30 de octubre de 1520, momento de crisis de la Conquista. Ha caído Moctezuma. Los españoles, después de dominar en el corazón mismo de Tenochtitlán, han tenido que huir en un "desbarate". Pero Cortés va rehaciendo su honra, que es la de su rey, que es el triunfo de su fe religiosa y la posibilidad de enriquecer las arcas con oro, plata, plumas y piedras preciosas. Él mismo se había rebelado contra Diego Velázquez en la Isla Fernandina, y los emisarios de éste, guiados por Narváez, habían pretendido destruir su obra y "alzar" los hombres que él había dejado en la fortaleza veracruzana. Preciso es defenderse y defender lo hecho. En esa hora cuajada de complejidades y problemas, el "valeroso y esforzado capitán don Hernando Cortés" redacta su segunda epístola *de relación*.¹

LA SEGUNDA CARTA

Esta carta tiene un exordio, un largo cuerpo y un epílogo en que Cortés habla de pedir caballos, gente y armas a la Isla Española. El cuerpo podría a su vez subdividirse en estas partes: fundación de Veracruz y peregrinación hacia México, "provincia" de Moctezuma; estancia en México y descripción de la ciudad; el "desbarate" español. Habría que insertar, después de la descripción de Tenochtitlán, un pequeño paréntesis relativo a la acción bélica cortesiana para dominar a Pánfilo de Narváez, y, antes del epílogo, la narración de cómo Cortés y sus hombres, hambreados y debilitados, logran dominar a naturales de varias regiones, como las de Tepeaca (Tepeyácac) y Coastoaca (Oaxaca).

Recuerda Cortés que anteriormente, en una nave enviada el 16 de julio de 1519, ha remitido con los procuradores Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo noticias sobre

la conquista. Difícil le parece describir lo que ve en las nuevas tierras, por el carácter extraordinario de éstas y, a veces, porque no acierta con los nombres de las villas y ciudades que han ya ofrecido obediencia al Emperador. Recuerda que antes había aludido a "Muteczuma", gran señor cuyo dominio alcanzaba hasta los naturales de "Cempoal", a quienes tenía por fuerza como súbditos, y cuyos hijos eran sacrificados a los ídolos.

Cortés da cuenta de cómo echó a la costa sus navíos para evitar que algunos de sus seguidores huyeran a la Isla Fernandina, y de cómo impuso justicia a Juan Escudero, Diego Cermeño, Gonzalo de Ungría y Alfonso Peñate, que quisieron alzarse y desertar. Luego sabemos cómo él deja a Veracruz con ciento cincuenta hombres y dos de a caballo, mientras emprende su jornada con quince jinetes y trescientos peones; sabemos también cómo, después de apresar a hombres de Francisco de Garay, se informa acerca de un río en las posesiones de Pánuco, donde se habían rescatado hasta unos tres mil castellanos de oro.

Lo seguimos en su ruta por valles y rincnes, cuyos raros nombres escribe Cortés según le parece oírlos: "Sienchimalen", llano y "ladera de una sierra muy agra"; "Ceyconacan", después del puerto que él bautizó "del Nombre de Dios"; "Caltanmi", a cuyo gobernante o cacique ya le pide oro para el Emperador. Aún está en territorio de amigos de Moctezuma. Pero le interesa ponerse en contacto con los principales enemigos de éste, con los indígenas de "Tlascaltecal", defensores de su libertad, a quienes combate en encuentros forzados y dramáticos a la luz de la luna y a la luz del sol, y a quienes definitivamente rinde.

Después de aceptar regalos de oro, plata y piedras que le llegan de Moctezuma, prosigue hasta "Churutecal" (Cholula), que lo recibe con engaños, pero a quien él desenmascara y pacifica. Mira la ciudad con sus ojos de español: "Ciudad—dice— la más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana".

Pero su determinación es llegar hasta Moctezuma, y nada lo evitará: ni los regalos, ni la idea de que el valle del Anáhuac pueda ser estéril, o de que lo que allí habría de

sufrir. Se aproxima más a su ensoñada geografía. Ya alude al Popocatépetl y al Iztaccíhuatl, “dos sierras muy altas y muy maravillosas”. Después de grandes esfuerzos llega a Iztapalapa, mitad laguna salada, mitad tierra firme. Por una calzada, a “Temixtitán”.

El encuentro de Cortés y Moctezuma es espectacular: dos procesiones de hombres espléndidamente vestidos, y en medio el señor. Sólo Moctezuma va calzado. Quiere abrazarlo Hernán Cortés, pero se lo impiden los indígenas. En la ceremonia, los naturales besan la tierra. Cortés se quita un collar de margaritas y diamantes de vidrio, que pone al cuello de Moctezuma, y de éste recibe luego otros dos collares con camarones de oro. Van juntos hacia la Gran Sala. Y Moctezuma se le rinde; explica que, de acuerdo con sus tradiciones, ellos, los indígenas, no eran naturales de aquella región, sino vasallos de un señor cuyos súbditos vendrían a conquistarlos: “E según de la parte que vos decís que venís, que es a do sale el sol, y las cosas que decís deste gran señor o rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural; en especial que nos decís que él ha muchos días que tiene noticias de nosotros”. ¿Qué más necesita un sagaz conquistador? Cortés aprovecha la coyuntura e insiste en que todo ello es “verdad”. Y como Moctezuma sabe que se ha divulgado la idea de que todo allí es oro, él, inesperadamente, se alza el traje para mostrar su cuerpo: “Veisme aquí que so de carne y hueso como vos y como cada uno, y que soy mortal y palpable”.

Acepta luego Hernán Cortés casa y bienes. Nos parece verlo aprovechándose de todo para fortalecerse y penetrar en el poderío indígena: pide que se le muestren los ríos de oro, y se le concede; por malas artes, a traición, se domina al jefe “Cacamazin”; logra que Moctezuma condene al jefe indígena rebelde “Qualpopoca”, y cuando éste confiesa en su agonía que una acción de él contra los conquistadores ha sido autorizada por el propio Moctezuma, Cortés echa a éste los grillos, que aparentemente le quitará. Aparentemente, porque el cautillo máximo de los indios es ya prisionero de Cortés. Después Moctezuma pedirá a todos los indígenas en una reunión extraordinaria que acepten a los españoles. Y allí está Cortés

con un escribano levantando el acta. Cortés exigirá más oro —tanto, que el quinto real ascendió a no menos de 32,400 pesos, sin contar otras múltiples joyas. Más tarde nos describe el mercado,² alude al sistema religioso indígena, a la idolatría, a las casas de los señores, construídas con “manera y primor”, a las de Moctezuma. Hasta ahora ha “gastado”, dice, del 8 de noviembre de 1519 hasta mayo de 1520.

Por entonces recibe noticias de la llegada de Pánfilo de Narváez y su gente, que viene de parte de Diego Velázquez, y sabe que los indios de Cempoala se han sumado a los nuevos invasores. Dejando a Alvarado en Tenochtitlán, decide ir hacia Narváez para evitar mayores daños.

Al acercarse a éste no acepta las pretensiones de Narváez: que Cortés le obedezca como a capitán y le entregue el dominio de las tierras, a cambio de navíos en los cuales debe embarcar con riquezas. Sólo podría acatar Cortés la voluntad de Narváez si éste le mostrase “provisiones” reales; de no ser así, los suyos “morirán defendiendo la tierra ganada para Su Majestad. . . , por no ser traidores y desleales a nuestro rey”. Felizmente logran Cortés y sus seguidores, entre los que hay que mencionar a Gonzalo de Sandoval, prender a Narváez y ganar a su gente.

Malas nuevas vienen de México. Los indígenas se han rebelado contra los españoles porque Alvarado, creyendo ver una provocación bélica en lo que era sencillo baile ritual en honor de “Tezcalipoca”, los había atacado. Viene Cortés a socorrerlos, pero ahora no encontrará, como antes, emisarios llenos de regalos, sino una gente “alborotada”. El día de San Juan, después de oír misa devotamente, entra en la ciudad de México.

Expone luego el conquistador cómo fueron los combates diarios; describe cómo murió Moctezuma bajo una lluvia de piedras cuando habló en favor de la paz a su pueblo; dice cómo los españoles decidieron salir de Tenochtitlán; cómo, “desbaratados”, pudieron huir hasta Tacuba. Habían muerto ciento cincuenta españoles, cuarenta y cinco yeguas y caballos, más de 2,000 indígenas vasallos del Rey, y los hijos de Moctezuma.

Trata Cortés de rehacerse. El 8 de julio está en “Culúa”.

Permanece en "Tlascaltecal" durante veinte días. En "Tepeaca" (Tepeyácac) funda la Villa Segura de la Frontera, y pronto gana los nuevos súbditos de Oaxaca. Cortés sabe que el hermano de Moctezuma, Cuicláhuac, perdona de tributos a los indígenas que combatan a los españoles.

Finaliza Cortés su epístola afirmando que ha escrito con sinceridad y pidiendo que el Emperador envíe un investigador para que compruebe la verdad de lo narrado. Y firma: "De vuestra sacra majestad muy humilde siervo y vasallo, *Fernán Cortés*".

PARA UNA IMAGEN DE CORTÉS

Nos permite este documento penetrar algo en el pensamiento, la psicología y la personalidad de Hernán Cortés, y en general del hombre español de la época.

Está aquí, ante todo, un aspecto de la religiosidad hispánica. El conquistador se refiere con frecuencia a Dios con frases como éstas: "Si Dios no les quebrara las alas" a los indígenas, "Y pareció que Dios fue el que por nosotros peleó", "Si Dios misteriosamente esto no previera". Cortés expone a Moctezuma su concepto de un Dios "universal, señor de todos", creador de la tierra, el cielo y el hombre, a quien debían adorar. Con Él, añade, "ninguna cosa es imposible". Y en otro lugar escribe que en el ataque contra los de "Tlascaltecal" siguió su camino a pesar de la actitud temerosa de sus compañeros, porque consideró que "Dios es sobre natura". Es Cortés un creyente que ante la idolatría y el politeísmo levanta la doctrina monoteísta de un Dios que vela por el hombre.

Hernán Cortés recoge ondas del pensamiento renacentista. El hombre del Renacimiento aspira a una nueva forma de inmortalidad: la fama, la honra, la gloria, la tercera vida que intuyó Jorge Manrique cuando en sus *Coplas* eternas dice a la sombra de su padre:

Pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dexáis.

Por eso escribe Cortés que, de morir en la empresa, se le seguirá "farta gloria". Por eso dice que con sus esfuerzos conseguirán "la mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó". *Prez, honra, gloria*: estas voces apuntan en la prosa cortesiana hacia valores esenciales que destacó, como nunca antes en la historia, el Renacimiento.

Cortés revela una gran intrepidez. *Entereza* es la palabra que utiliza Ramón Iglesia³ para describirlo. Él está a la vanguardia en el ataque ("E por ser yo el que acometía..."). A la hora de prender a Narváez, nos dice, va con Sandoval, "sin tiro de pólvora, ni caballo, sino a pie". Y en el ataque a los tlaxcaltecas va siempre a la delantera. Él mismo cita este aforismo tan revelador de su personal psicología: *A los osados ayuda fortuna*. Y con orgullo racial dice a sus compañeros "que jamás en los españoles en ninguna parte hobo falta".

Se nos muestra Cortés como un legista preocupado por la *justicia* y el *cabildo*. Hace que un escribano levante un acta de aquella reunión extraordinaria en la cual Moctezuma pidió a los suyos que aceptasen el régimen del Emperador. Y está dispuesto, según afirma, a acatar a Narváez si éste trae credenciales del Rey.

En esta segunda *Carta de relación* hay huellas de latinismo, sobre todo jurídico y eclesiástico. (Cortés no poseía una cultura universitaria perfecta, pero se sabe que comenzó estudios universitarios en Salamanca.) Al darse cuenta de la íntima discordia entre los indios, siente una gran alegría y cita en latín la frase de Cristo: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur*;⁴ usa dos veces la expresión *certum quid* y una vez la frase *ab initio*.

Capitán, conquistador, no podía dejar de exhibir en su carta la sed de oro que animaba a los aventureros que entonces cruzaban el océano.

LO DESCRIPTIVO

Ante una naturaleza nueva y extraordinaria y una cultura nunca descrita, Cortés tiene muchas expresiones de asombro.

Por eso interesan las descripciones que hace de la tierra nueva, del paisaje y de los hombres. Sus términos de comparación son por fuerza los europeos. De "Temixtitán" dice que es tan grande como Sevilla y Córdoba; de Tlaxcala, que es mayor que Granada y que tiene un orden como el de Venecia, Génova o Pisa.

Recordemos las descripciones que hace de la "provincia" de México con sus dos lagunas, la de agua dulce y la de agua salada; de Iztapalapa, con casas de "cuartos altos y flores olorosas y albercas"; de Tlaxcala, la grande ciudad y su mercado; de Cholula, el sitio que cree más propio para vivienda de españoles; de las casas que ve, sobre todo las de Moctezuma, una de las cuales tiene losas como juego de ajedrez.

Son vívidas las descripciones de los combates, de la captura de Narváez, del encuentro con Moctezuma, que parecen hechas con técnica cinematográfica. Honda emoción se trasluce en las líneas en que el conquistador se refiere al Popocatepetl, del cual sale "gran bulto de humo" que "sube encima de la sierra hasta las nubes".

Y conocidos son los detalles del mercado de Tenochtitlán, del que dice es dos veces la plaza de Salamanca, que está cercado de portales y que se mueven en él no menos se sesenta mil almas. Joyas, aves, mieles, maíz, pulque, "todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra" se venden allí por cuenta y medida. Acerca de la "mezquita" principal de México afirma que no hay lengua humana capaz de explicar su grandeza, y que en ella hay tres salas con ídolos muy bien esculpidos.

SOBRE LA CULTURA AUTÓCTONA

Ciñéndose estrictamente a esta carta, el historiador y el sociólogo pueden distinguir los elementos de una estructura política, a cuya cabeza, en lo militar (no en lo civil), está Moctezuma, quien tiene además poder sacerdotal. Hay una agrupación o confederación de tribus, que tiene su gobierno central en Tenochtitlán. Esas tribus a su vez tienen "comunidades", clanes o linajes. Cada "provincia", dice Cortés, sirve con su "género de servicio". Hay señores o gobernadores y "cogedores del servicio y renta". Algunos han venido a ser

súbditos de Moctezuma “por fuerza o tiranía”, como en el caso de los indígenas de Cempoala, cuyo hijos se tomaban para sacrificarlos a los ídolos.

Los indígenas son idólatras. Cortés les destruye algunas imágenes sucias y hace limpiar de sangre humana algunas “capillas”, en las cuales pone imágenes de santos y de la Virgen. Según un parlamento de Moctezuma, sus seguidores creen deber a los ídolos todos los bienes temporales. Tienen esos ídolos tamaño monumental y “son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos”. Las mujeres no participan en las ceremonias religiosas.

La religión de los naturales, como vimos anteriormente, facilitará la penetración de Cortés, ya que Moctezuma, a tono con las profecías que conoce, acatará la voluntad de los dioses y se someterá al poder representado en los invasores españoles.

Los hombres del Nuevo Mundo son guerreros con un jefe superior (un *tlacatecuhtli*), que es primero Moctezuma y luego su hermano Cuitláhuac. Son grandes orfebres y alfareros (“E les mandó hacer de oro, así como imágenes, crucifijos, medallas, joyeles y collares”). Y son también magníficos arquitectos e ingenieros, constructores de sus templos, casas, palacios y calzadas. Tienen sus métodos de medir, de contar y de imponer su justicia. Tienen, pues, los elementos esenciales de una cultura: una religión, una ética, una organización política y guerrera, un sistema económico y de contribuciones, una estética, y poseen aspectos de la ciencia.

EN UN LÚCIDO ESTUDIO⁵ sobre el contacto de culturas indígenas y europeas en la historia mexicana, al destacar Silvio Zavala la influencia de los indios, señala que los ejércitos de éstos combaten con los españoles, lo que les permite sobrevivir, como en el caso de los tlaxcaltecas; que los españoles no destruyen los cacicazgos, sino que los utilizan como instrumentos de sus finalidades de dominio sobre hombres y bienes; que las primigenias manifestaciones de la cultura hispánica ante los ojos de los indígenas americanos se asocian a la violencia y la pujanza guerrera, a la codicia del soldado espa-

ñol, a la presencia del nuevo credo, y a la autocrítica de la civilización española.

Dentro de ese panorama de contacto áspero de dos mundos, de dos civilizaciones —lo que ha de generar un mestizaje, una forma de transculturación—, siente Zavala que se tienden puentes, caminos de aproximación, como el maridaje del varón español y la hembra indígena, las alianzas de soldados españoles con guerreros indics, el estudio de la lengua y la cultura del elemento autóctono y el intercambio de elementos de la cultura material entre ambos mundos. Todo esto está anunciado o sugerido, explícito o implícito, en la segunda carta de relación de Hernán Cortés, con la autoridad que da a su autor el ser no mero espectador o investigador, sino actor en esa épica contienda que es la conquista de la Nueva España.

NOTAS

1 CORTÉS, *Cartas de relación de la conquista de Méjico*, Buenos Aires, 1949, pp. 39-137.

2 Véase siempre, sobre estos temas, Alfonso REYES, *Visión de Anáhuac*, Madrid, 1923, o la nueva edición de México, 1954.

3 Ramón IGLESIA, Prólogo a la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, 1950, p. 10.

4 Evangelio de San Lucas, XI, 17.

5 Silvio ZAVALA, "El contacto de culturas en la Historia de México" en *Cuadernos Americanos*, 8 (1949), núm. 4, pp. 172-204.—Útil para comprender este problema cultural es la *Historia de la cultura, en la América hispánica* de P. HENRÍQUEZ UREÑA, México, 1947, pp. 18-22.